

La inteligencia artificial y el nuevo analfabetismo

Roger Sepúlveda Carrasco

Rector Universidad Santo Tomás, Región del Biobío



Cada gran revolución tecnológica ha generado temores legítimos. Ocurrió con la máquina a vapor, con la electricidad y con internet, y hoy vuelve a repetirse el mismo cuestionamiento frente a la irrupción de la inteligencia artificial en la educación y en las empresas: ¿nos dejará sin trabajo? La evidencia empírica disponible permite, sin embargo, una respuesta más serena y fundamentada, pues no será la IA la que elimine empleos, sino la falta de competencias para utilizarla adecuadamente.

Los datos son elocuentes. Un estudio desarrollado por Harvard Business School junto a Boston Consulting Group demostró que los profesionales que utilizaron herramientas de IA generativa aumentaron su productividad en torno a un 40%, resolviendo tareas complejas en menos tiempo y con mejores resultados que quienes no las usaron. Aún más relevante, la brecha de desempeño entre trabajadores con distinto nivel de experiencia se redujo de manera significativa, lo que sugiere un potente efecto democratizador del conocimiento. No se trata, entonces, de reemplazar personas, sino de potenciar el trabajo humano, especialmente en actividades intensivas en información, análisis y toma de decisiones.

En el ámbito educativo, la evidencia apunta en la misma dirección. La OCDE, en sus informes sobre inteligencia artificial y educación, destaca que el uso de sistemas de tutoría inteligente y analítica de aprendizaje puede mejorar los resultados académicos entre un 10% y un 30%, particularmente en contextos de alta heterogeneidad estudiantil. La IA no sustituye al docente, pero sí amplifica su capacidad de personalización, seguimiento y retroalimentación oportuna, fortaleciendo los procesos formativos.

Estos beneficios, sin embargo, no ocurren por el solo hecho

de “tener” inteligencia artificial disponible. La tecnología no incrementa la productividad por sí misma; lo hace cuando las personas saben utilizarla correctamente. Aquí emerge un factor crítico y todavía subestimado: la calidad de las instrucciones que entregamos. La IA responde en función del contexto, la claridad y el propósito de los prompts que recibe, por lo que formular buenas preguntas, definir objetivos precisos y evaluar críticamente las respuestas se convierte en una nueva competencia básica.

Estamos, en los hechos, frente a una nueva forma de alfabetización. Si hace dos décadas se hablaba de analfabetismo digital, hoy comienza a perfilarse con fuerza el analfabetismo en inteligencia artificial. El Foro Económico Mundial advierte que más del 50% de los trabajadores necesitará un reentrenamiento significativo antes de 2030, no porque sus empleos desaparezcan, sino porque cambiará profundamente la forma en que se realizan.

Este escenario interpela directamente a los sistemas educativos y a las organizaciones. No basta con regular, prohibir o mirar con desconfianza. La evidencia muestra que los países y empresas que invierten en formación en IA obtienen retornos claros en productividad, empleabilidad y competitividad. Formar en el uso ético, responsable y estratégico de la inteligencia artificial ya no es opcional: es una condición básica para el desarrollo.

El futuro del trabajo y de la educación no será humano versus máquina, sino humano con máquina. La verdadera brecha no estará entre quienes tienen acceso a la IA y quienes no, sino entre quienes saben dialogar con ella y quienes permanecen al margen. En ese contexto, aprender a manejar la inteligencia artificial deja de ser una ventaja competitiva para transformarse en el nuevo mínimo indispensable.